

La escena artística oficial de los años 80 vivió un momento álgido tras la represión a la que había estado sometida durante la dictadura militar. El cambio político y social hacia la democracia dio lugar a ciertas formas de lo artístico que se construyeron sobre un nuevo carácter aperturista que pasó por una voluntad de internacionalización, de la que surgieron ferias como ARCO, y revitalizó una vez más ciertos cánones artísticos como los de la singularidad del artista y la originalidad de su obra. Esta capa, la más visible y estudiada del arte español de esta década, solapó el trabajo que venían haciendo otros grupos y colectivos cuyas trayectorias al margen de esos estándares desarrollaban ya desde la década de 1970.

Las prácticas colectivas de los años 70 y 80 desviaron en buena medida el foco de atención de lo artístico para dirigirse hacia contextos sociales diversos usando diferentes estrategias cercanas en muchos casos al activismo. Un contexto de creación social en el que se trabajó sobre el feminismo, las asociaciones ciudadanas, las cuestiones de género o la diversidad cultural, pero también sobre reivindicaciones más cotidianas y singulares abordadas desde un plano formal que nada tiene que ver con esas ideas de originalidad que referíamos antes. Lejos de todo ello, estas prácticas donde se ensayó con formatos como el videoarte, la performance

